

Quienes lean ahora este artículo encontrarán una fuente inspiradora que seduce por la entrega, de unas personas, en defensa de la tradición taurina en una Villa a mediados del Siglo XIX. Sin motivo aparente unos personajes anónimos, en su mayoría venciendo envidias y dificultades, reflejan la dimensión apasionada de amor por las corridas de toros en Santa María de Nieva.

El relato comienza con el asentamiento de unas gentes en un lugar privilegiado de Segovia allá por el año 1.392. Las crónicas noveladas cuentan que fue el deseo de la Virgen, aparecida en imagen, quien murmuró a un pastor: Pedro Amador construir una iglesia dedicada a su devoción.

El caso es que, atraída por las habladurías del milagro de la Soterraña, la esposa del Rey Trastámara de Castilla, Enrique III, llamada Catalina de Lancaster, eleva el lugar a noble Villa de Santa María de Nieva. Su hijo, Enrique IV, celebra Junta de Cortes en el Monasterio Dominicano que se construye junto al templo. Eleva su categoría a "Real". Estos frailes, siguiendo su costumbre recaudadora, imposible de cobrar diezmo a ganaderos de bravo, por no existir en la zona, obligan a contribuir a los industriales de la época. Por la caja de los religiosos pasa el carnicero que compra la carne de los toros que se lidian en la Plaza Mayor. Alquilan los balcones del convento a los pudientes que quieran ver los juegos con toros en mejor condición y seguridad. El abuso respaldado por el poder que enriqueció las arcas de los monasterios.

Abril de 1.845. El toreo a pie está consolidado en los pueblos de España. El negocio taurino es un hecho resplandeciente. Unos avispados vecinos, los más representativos de Santa María la Real de Nieva estudian la financiación para construir una plaza de toros. El presupuesto estimado es de 60.000 reales. Ofrecen a los vecinos 60 participaciones a 1.000 reales cada una. Necesitan un director de obra. En Sangarcía han hecho una plaza, hay que contratar al maestro. Carlos Garcimartín. Es el sujeto imprescindible para dirigir la construcción.

Se elige el lugar. En las afueras del pueblo, en un cerro conocido por "Los Nogues", se comienza a allanar lo que será el ruedo. El sitio refleja destellos ocres. El olor es intenso a paja rancia mojada. La vista se pierde en la arboleda del río. Casi la totalidad de los habitantes de la Villa comienzan una frenética labor de pico y pala para sacar las planchas de pizarra. Esto es

el trabajo más duro. Aparecen los estanques artificiales hechos en la piedra para lavar el curtido de las pieles, actividad principal de la zona. Junto a estas, más de cuarenta pilas desenterradas, aparecen las vasijas y cántaros con los que transportaban el agua hasta el nogue, además de varios utensilios de curtir que vuelven a ver la luz. En otra excavación para obtener la pizarra, base de la construcción de la plaza, se descubre un horno para fundir hierro. La abundancia de material, permite comenzar la edificación el día 1 de Mayo. Las paredes exteriores se levantan en un tiempo sorprendente. Los trabajos de albañilería interiores se le encargan al vecino Domingo Fernández. Prácticamente, todo el pueblo se involucra en las obras. Una cuadrilla de veinte obreros gallegos, braceros itinerantes, son contratados para adelantar. Con esta ayuda se logra un impulso sensacional para la terminación del inmueble. Altillos y sobradil se encargan a otro vecino, Tomás Rodríguez, recibiendo pitos a su labor al no quedar al gusto del vecindario. Puertas y ventanas se traen de Coca. Los machos, madres y pilares para gradas, llegaron de Mata de Cuellar. La plaza nunca se llegó a terminar del todo aunque, una hora antes de la inauguración estaba lista para celebrar la primera corrida de toros, en un tiempo increíble para orgullo de los habitantes de Santa María y de toda la provincia. 5.500 espectadores podían asistir al festejo. Las puertas de la magna Plaza de Toros se abrieron a las 5 de la tarde del día 9 de Septiembre de 1.848, tres años después de comenzar las obras. Fecha en que se conmemora la onomástica de la aparición de la Virgen de la Soterraña, Patrona ilustre de la Villa.

Los administradores se consideraban capacitados para formar empresa taurina. Todo preparado, ganaderos, cuadrillas, picadores, matadores, todos orientados a ayudar a los improvisados empresarios taurinos. El día 26 de Agosto se compran 12 toros a don Salvador Bañuelos de Colmenar Viejo, para dos corridas a 1.250 reales cada uno. Tierra en la que pastaban los más fieros y repudiados por los toreros de la época. Curro Cúchares sería el encargado de lidiar y dar muerte a todos los astados, por un precio de "ganga", 29.000 reales. El hijo del banderillero "Costura", deslumbrado por los reales y en la seguridad de que, no necesitaba arriesgar, se sintió muy complacido de su contratación. ¡Ah! Era sobrino de Curro Guillén. No solo buscaba ventajas el famoso y asustado matador, los picadores llegaron con puyas especiales para parar y desgarrar a los toros y dejarlos moribundos. Los organizadores compraron por su cuenta, por si "acaso", 24 caballos de picar.

El siguiente año, las cosas cambiaron poco. Los inexpertos empresarios fueron convencidos para contratar a Julián Casas "El Salamanquino", matador de medio pelo en arte pero "espabilao" en el trato. Este obligó a comprar los toros a sus socios, don Justo Hernández y Antolín Jerez, ganaderos de Colmenar, al precio de 1.300 reales unidad. Los organizadores compraron otros 12 caballos para completar los 24 requeridos para el festejo. Los picadores actuantes obligaron a adquirir, también, los 6 que montaban en su desplazamiento. La plaza disponía de 30 equinos para dos corridas de toros, ¡ni la Maestranza en su mejor época!. El airoso y mediocre matador natural de Béjar, cobró 23.000 reales más la comisión por venta de toros: una punta de vacas y dos sementales de los ganaderos contratados con los que, formó su propia ganadería de bravo. El resultado fue horrible: insultos y piedras para el matador y su

cuadrilla. En la segunda corrida no hubo asistencia por un aguacero a la hora señalada, normal por esas fechas.

Sin duda, la Plaza de Toros de Santa María la Real de Nieva es la más curiosa y sorprendente de Castilla León. Sumida en un desinterés por la propiedad municipal. Por otra parte, la poca importancia que dan los habitantes a los festejos que en ella se organizan, con mucho esfuerzo por personas conocidas. Resultado: Es posible que en un futuro se construyan chalets con sus planchas de pizarra o que se instale una comuna de marginados. Es posible que entre todos salvemos esta plaza de toros de carácter tan singular, se acabe de construir y se programen unos carteles de tal categoría que serán la envidia de toda la provincia y de los aficionados del mundo. Se lo debemos a los antepasados que habitaron estas tierras y que se dejaron la piel y el corazón levantando este edificio con un esfuerzo sobrehumano. Estamos obligados a demostrar respeto y reconocimiento a aquellos hombres y mujeres por este legado histórico en una demostración de afición a las corridas de toros.